

ARTE Y SOCIEDAD DE TORRENUEVA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Julián de Campos Carrero

Discurso de ingreso como Consejero de Número en el
Instituto de Estudios Manchegos.
Ciudad Real, 22 de noviembre de 1991.

Ilmo. Sr. Director, Ilmo. Sres. Consejeros, señoras y señores.

Sería de poca cortesía no agradecer con mi pobre vocabulario, al insigne presentador las palabras que me ha dirigido, más por puro afecto que por una valoración de mis escasos méritos; así mismo deseo manifestar mi enorme gratitud al Ilmo. Sr. D. José González Lara, laureado humanista, poeta e historiador que con tanta amabilidad y premura se ha dignado a contestar a este discurso de ingreso que con el asentimiento y benevolencia de tan ilustres asistentes voy a dar lectura. De igual modo deseo expresar mi gratitud a los Ilmos. Sres. D. Pedro Peral Martín y al mismo D. José González Lara quienes han aceptado concederme el apadrinamiento, y proclamar por último mi profunda gratitud a quienes con su interés y dilección me han permitido ingresar como Consejero de Número en este prestigioso y prestigiado Instituto de Estudios Manchegos, crisol de ciencia y centro cul-

tural de nuestra querida y nunca olvidada tierra manchega que por llana es toda recta y por la limpieza de su cielo toda transparente y cristalina.

Por eso acogiéndome al dicho latino “Ex abundantia cordis os loquitur”, de la abundancia del corazón habla la boca, y la mía va a dar a conocer lo que en mi corazón de manchego se encierra para que Vds. también participen de ello. Por esto a todos muchas gracias.

INTRODUCCIÓN.

Quisiera con estas breves notas ofrecer a Vds. y a mis paisanos un tema que para este conferenciante resulta muy entrañable por ser unas facetas de la historia de su pueblo Torrenueva en crónica hasta ahora oscurecida no sé si por carencia de voceros o por olvido de los historiadores —a excepción de Chaves y Manuel Corchado— que con un manto de silencio han minusvalorado lo que Torrenueva representa en el contexto comarcal del Campo de Montiel.

Su historia, sus costumbres tan manchegas, su cultura secular, su arte y sus monumentos, algunos tan excepcionales que por si solos, exigirían la atención curiosa del entendido por constituir un valor capital en la arquitectura renaciente plateresca de nuestro entorno.

De este conjunto cultural y artístico, quiero hacer una reseña evocadora, de sus valores intrínsecos, de sus circunstancias y de su historia, aunque la tarea es larga, espero de la paciencia de tan ilustre auditorio, que me permita exponer a grandes pinceladas todo lo que a través de los años he podido encontrar en los fondos, mejor diría, res-

tos del Archivo Municipal de mi villa natal. Y aunque en el momento actual son muchas las lagunas y oscuridades, me conforta la idea de concluir algún día mi investigación y plasmar mi empeño en una próxima publicación digna.

No soy conferenciante ni charlista y mi capacidad de lenguaje es harto menguada; y donde me encuentro mas locuaz es con un pincel en la mano, ante un lienzo o una tabla para forjar en color mis ideas.

Durante los treinta y cinco años últimos, he entregado mi vida a la docencia. Pocas exposiciones, la enseñanza tan excluyente, no me permitía dar a conocer mis obras. Unas cuantas muestras personales y varias colectivas y mucho tiempo consumido en los encargos, pues mi pintura no es de mercado o de comercio.

Tras estas consideraciones deseo sin mas transportar a Vds. a los siglos décimo sexto y décimo séptimo después de Cristo como suele decirse y aposentarlos en una pequeña villa, en visita que sin duda les resultará mas gratificante.

Torrenueva, mi querida tierra, es un pueblo alegre, allá en el extremo occidental del Campo de Montiel, lindero con el de Calatrava, al sur de Valdepeñas. Dormida sobre la orilla izquierda del Jabalón y abrazada al sur por su Rambla presenta una fisonomía agrícola y ganadera, apacible, rica en reses y frutos. Al norte y al este se pierden grandes extensiones de verdiazules olivares y brillantes viñedos de sarmentosas cepas, mientras al sur y al poniente, aunque manchados sus campos con los mismos cultivos, se derraman llanuras y planicies de campos de pan llevar.

En las riberas de su río y rambla, limitadas de alamedas, árboles de fruto y bancales de hortalizas. No en vano nos llaman los foráneos "paniverdes".

De un modo cariñoso, mimoso, abrazan su término en consistente herradura, unas cadenas de pequeños montes y sierras, herencia de antiguos macizos del secundario a los que sus austeras calizas y oscuros pizarrales les confieren un singular aspecto.

Sus tierras soleadas y tranquilas, pacificadas y seguras tras la batalla de las Navas de Tolosa se presentaban como señuelo y buen bocado para los agricultores y ganaderos de la meseta que bajaron a repoblar y agrandar a veces su núcleo de población.

En los anales de la Orden de Santiago, concretamente en la Concordia de Toledo del año 1243, ya aparece Torrenueva en la relación de pueblos pertenecientes a la Orden de Santiago en el Campo de Montiel, de jurisdicción Santiaguista (*Bulario*, pág. 126).

Dos siglos después por el auge y apogeo de su vecindad se le otorga Carta de Privilegios que, a instancias del Comendador Manrique, dicta desde Uclés el Infante Don Enrique de Aragón, trigésimo cuarto Gran Maestre de la Orden, con fecha 11 de noviembre de 1440 y que después confirmaría en todos sus términos Alonso de Cárdenas, por mandado de los Reyes Católicos, el 6 de junio de 1490 desde Tordesillas y signada por Juan de Parra. El Cesar Carlos la refrenda en Valladolid el 3 de junio de 1527, y Felipe II el 4 de junio de 1589 y 27 de julio de 1593 en el Escorial.

Legalizado definitivamente el asentamiento en los reinos de España, la población crece y a mediados del siglo XV moraban en ella unos doscientos vecinos. Sabemos que por entonces los ganaderos trashumantes de la Mesta abrevaban sus rebaños en las frescas aguas de la "Fontona", antiquísimo pozo del ejido, junto a la Vereda de los Serranos, tal vez el camino de los Berones que cita Tito Livio.

La organización administrativa y social del municipio es idéntica a la de las villas limítrofes al Campo de Montiel. El Concejo dirigido por sus Alcaldes Ordinarios, Regidores, Síndicos y alguaciles de poder civil o real tenían jurisdicción de patronato sobre los bienes de la Parroquia, Iglesia que regía un Licenciado propio y servían diez o doce clérigos ordenados "ad patrimonium".

También el Concejo y tras pacto de partes, nombraba sacristanes y organistas, médicos y boticarios, maestros y hospitaleros y exigía a cada oficio el cumplimiento de sus obligaciones y prestaciones propias de su ministerio para cobrar lo que habían estipulado.

Estos profesionales atendían a catorce hidalgos, cinco hijosdalgo, dos viudas exentas de impuestos, trescientos setenta y siete pecheros, algunos cristianos nuevos, unos cuantos moriscos y pocos esclavos, capital humano, que de forma habitual convivía en Torrenueva entrado ya el siglo XVI.

Como Felipe II le había concedido jurisdicciones de primera instancia, Ordinaria, Criminal y Civil, Torrenueva dispuso de un escribano municipal y otro público para transacciones, juicios y testamentos lo que permitía a sus habitantes el no tenerse que desplazar a ningún otro lugar para ello.

La situación política descrita era la que ofrecía el pueblo en su periodo de consolidación social.

Su topografía urbana era típica manchega. Dos grandes viales dividían y dividen la villa en cuatro cuarteles, la calle Real de norte a sur y la del Hospital de saliente a poniente. Paralelas a estas surgieron otras menores, la del Barro o de la Greda, la de la Torre, la del Pando, la de las Cruces, la del Fardel, Cordón de San Antón, San Sebastián, Arenas, Ranas, Arjona, Oliva, Ordoñez, callejón de Pinar y callejón del Oro hasta la zona llamada Molino del Charco.

La calle del Hospital frente a la parroquia, se ensancha en amplio espacio rectangular para formar la plaza Mayor que se cierra al norte con la fachada del Templo, al este con la casa rectoral y un solar de viejo abolengo, al sur con la antigua posada, la cárcel y la Casa de la Tercia o del Pósito donde se administraban y cobraban los impuestos y las alcábalas, depósito de cereales de los graneros que sobre ella estaban, y al oeste la primitiva botica, una carnicería municipal y el caserón del Concejo, plaza castellana blanca con muros mudéjares de tapial y ladrillo y los del Concejo, con hermosas yeserías platerescas hoy por desgracia lamentablemente desaparecidas, y en su lado norte la majestuosa fachada y pórtico de mampuesto y sillería del Templo Parroquial.

A espaldas de ésta, otra plaza también rectangular y separa-

das por la parroquia, mas corta y recoleta a la que los vecinos llamaban la “placeta” cortada en su lado por la calle de San Sebastián.

En las calle del Hospital al poniente, la Casa de los Solís, con puerta de sillería adintelada, moldurada y con figurillas en sus ángulos, coronada de escudo nobiliario. Y en la misma calle al oriente de la plaza, la Casa del Comendador con puerta semicircular dovelada y herrajes renacentistas en ventanas y antepechos, hoy derribada por la codicia del suelo; mas otras mansiones solariegas, con patios porticados de columnas áticas y balconada o corredor de torneados balaustres.

Mas al oriente y en esta misma calle y acera, el viejo casón benéfico que tenía diez camas fijas y la atención de los hospitaleros y médicos del Concejo.

En la calle Real, frente a la ermita de la Veracruz, la casa madre de los Bustamante, con su patio porticado, sus balustradas de madera retallada y su hermosísimo salón noble, techado con magníficos artesonados encasetonados, hoy convertido en granero.

Todas las moradas señoriales cubrían sus estancias con artesonados simples o con bovedillas protegiendo sus vanos con ricos hierros a la forja.

Las techumbres de tejas romana vierten a dos aguas, en algunos de sus lienzos existía el ladrillo mudéjar apeado con huecos de dinteles berroqueños. Las demás casas son de tierra prensada o cante-ría, verdugadas de ladrillo y encaladas, quedando sus cercas y corrales protegidas con bardas de leña.

Las calles estaban soladas con lanchas de piedras traídas del monte, alguna con acera y todas con su arroyo al centro para evacuar las aguas.

Sus gentes eran señores que vivían de las rentas de sus vínculos; los gremiales con oficios de familia como carniceros y matarifes, talabarteros, zapateros, tejedores de lana, cáñamo y lino, capacheros, plaitistas, cordeleros, carpinteros, herreros, albañiles y alarifes, alfareros y tejeros, fundidores de campanas, bronces y latoneros; y los

dedicados a las actividades primarias como mayores, zagales, jornaleros y braceros. Pero al depender la economía local de los rendimientos agrícolas y ganaderos y éstos a su vez de los caprichos de la climatología, todos los pobladores, y no importa su oficio, estaban sometidos a alternancias de prosperidad, escasez o miseria: En el año de 1584, a 27 de junio, ante la mala cosecha, el Concejo se ve obligado a hipotecarse con un “censo al quitar” de cuatro mil ducados a favor del arquitecto escurialense Juan de Herrera, censo que aminoraría en tres mil ducados el 26 de septiembre de 1586 y los mil restantes a los dos años.

Torrenueva como pueblo festivo lo era en extremo. Celebraba sus Votos a diferentes advocaciones de Cristos, Vírgenes y Santos, declarando el día de holgar y repartiendo el Concejo “caridades” de pan, carne, vino, refrescos y frutos tostados.

Se misaba en solemnes liturgias; se acudía a procesiones y se hacían rogativas, para librarse de la peste, de la langosta, las lluvias continuas y los temidos agostaderos y sequías; y en los disantos se peregrinaba en alegres romerías a las ermitas consagradas, v.g.: las Virtudes, Virgen de la Cabeza o San Felipe y Santiago.

En el Corpus, Virgen de la Cabeza y Virgen del Rosario se levantaban en la plaza tablados de comedias, se danzaba, se hacían músicas y salían comparsas, y en algunas ocasiones se corrían toros en la plaza pequeña tras la Iglesia.

Para tranquilidad de los vecinos estaba institucionalizada la “ronda nocturna” que guardaba el sueño del pueblo paseando sus calles alumbradas por las pequeñas candelitas de algún que otro farolillo de aceite.

Este Torrenueva constructivo y pujante, lleno de vitalidad y con la honradez castellana en sus venas, inició pronto sus fábricas religiosas. A mediados del siglo XV saca de cimientos o alberca la Iglesia Parroquial y de entonces son los elementos arquitectónicos del ábside con nervatura arcaica para su tiempo; su sección parece proyectada cien años atrás.

Los alarifes y canteros llegados de otras regiones dominaban esa vieja técnica de cubrir espacios y contrarrestar fuerzas: ¿Por qué no se arriesgaron a practicar innovaciones? Desconocemos el motivo pero pensamos que fueron como siempre condicionamientos económicos.

La villa tuvo antes otro templo, al menos en parte, más modesto. La Doctora Madrid Medina me comentó tiempo atrás que en un informe de 1511, al folio 125, el Visitador de la Orden escribe: *La Iglesia tiene una sola nave de tierra con tejado a dos aguas [...] y tiene una buena capilla (mayor se sobreentiende) de tapiería mampuesta de cal y canto con bóveda, y della sale otra capilla de la misma manera e al otro cabo tiene una torre de cal y canto para campanarios e tiene una sola puerta con sus puertas e buena tribuna*. De esta noticia deducimos que esa primitiva iglesia era modesta y de igual factura que otras tantas que existían en la comarca. En el primer cuarto de siglo XVI deciden los vecinos ampliarla y mejorarla en nueva planta. La obra se inicia desde el presbiterio y por el basamento de mampuesto de la actual torre.

Estas prioridades las confirman las donaciones, mandas y otras ofrendas que taxativamente precisan el destino de las limosnas. La obra continúa durante toda la mitad del siglo XVI; los muros testifican las fases de construcción al responder secuencialmente a cánones de distinta vigencia. Para no interrumpir el culto, el templo se iba retechando a medida que se alzaban las paredes.

Junto a la parroquia las cofradías levantaron a sus patronos, pequeñas ermitas y oratorios que en número de ocho la circundan en corona de espiritualidad firmemente asentada. En este siglo la calle parece un templo, y la vida de sus ciudadanos, una permanente disponibilidad y entrega hacia lo divino. Las pugnas cofradieras para sobresalir en la liturgia tributada a sus titulares, hicieron a veces que el boato de la celebración empeñara los bienes de sus seguidores.

La mas antiguas de estas pías hermandades era la de Ntra. Sra. de la Cabeza, muy anterior quizás, a la constitución de la villa

como entidad municipal. Su ermita, dice la tradición, se construyó en memoria de las apariciones de la Virgen a un pastorcillo que cuidaba su ganado en los alcores de las riberas del río Jabalón. Hecha de caliza y tierra con vertiente a dos aguas se amplió en fechas posteriores con las dependencias necesarias para satisfacer la devoción de los fieles a su Madre y Patrona. Este santuario primitivo se reproduce en los motivos pictóricos que decoran la cúpula de la actual reconstrucción fechada en la segunda mitad del siglo XVIII.

De años posteriores son las ermitas de San Sebastián, hoy San Antón, al extremo occidental de la villa; San Marcos y Santa Quiteria un poco mas abajo hacia el arroyo, San Juan Bautista al oriente, San Bartolomé y San Cristóbal en extramuros en un pequeño montículo al final de las Cumbres al sur de la población y San Felipe y Santiago el Menor al norte también a extramuros cerca del puente del Jabalón. En el corazón del pueblo se asienta la ermita de la Veracruz, muy de principios del siglo XVI la antigua y de un poco mas tarde la actual, según documentos del archivo de protocolos del cabildo, que acaparaba, y aun los sigue haciendo todas las celebraciones de Pasión y Penitencia que absorben la vida religiosa de Torrenueva durante la Semana Santa. Todos estos edificios responden al mismo esquema arquitectónico: planta de salón de mampostería, tierra prensada y cadenas de ladrillos en sus esquinas, puertas adinteladas, y en la Veracruz y San Sebastián semicirculares que tiene dovelas de piedra hoy cegadas y desfiguradas estructuralmente, en la nueva ermita.

Sus tejados a dos aguas y con lima en alguna de ellas, cubiertas de madera a par y nudillo, siendo la de San Sebastián un caso excepcional, con tirantes pareados en estrelladas combinaciones poligonales con labor de taraceas apoyadas sobre canes moldurados unos, y aquillados otros, que le daban una elegancia magistral de pieza mudéjar. Tenía además un volado de ladrillo y madera a tres aguas. Las otras no presentaban trabajo de lacerías en sus tirantes, y estos eran simples.

Y volviendo al templo Parroquial de Santiago el Mayor quie-

ro centrar la atención de este ilustre auditorio en su importancia como símbolo de la villa, y describir a Vds. algunos de sus elementos arquitectónicos más relevantes.

La fábrica de esta Parroquial emerge colosal del centro de Torrenueva realzando con su bellísima silueta todo el conjunto urbano. Su interior consta de una sola nave dirigida en cuatro tramos cuadrangulares de treinta y seis metros de larga por diez de anchura. Al lado del evangelio se abren dos amplias capillas intercomunicadas entre sí a modo de nave lateral levantadas por José Vidal en el siglo XVIII en el lugar donde estuvieron las antiguas de San José o de los Sonera y la del Cristo de los Remedios o de los Perea. En el lado de la epístola otra capilla similar, la de la Asunción. A los pies una pequeña cuadrangular y cubierta de terceletes usada hasta tiempos recientes como baptisterio.

Al final o pies de la nave se yergue una enorme tribuna o coro con bóveda casi vaída muy rica en nervaduras.

Sus muros son de mampuesto de grandes piedras trabadas con mortero de cal y arena. Las bóvedas se sustentan en pilares de molduradas sillerías, y sus nervios de dovelas molduradas se estrechan a medida que se alejan de la cabecera del presbiterio.

El tramo de la capilla mayor ostenta un tercelete simple sobre arranques en engranajes historiados o heráldicos y pilares de múltiples haces de baquetones cilíndricos propios del siglo XV, y retrasadas del XIV. Su clave central se desarrolla en una tortera de tres coronas de forma piramidal con cabezas de querubines alados, macollas vegetales y hojas de palma colgantes encerrando un Espíritu Santo de bulto redondo, y el resto de las claves lisas.

La segunda bóveda presenta un tercelete más nervado con combados en octógono y claves de tortera molduradas y retalladas con figuras y heráldica.

La tercera sobre las dos puertas de acceso del templo, con la rosca mas cóncava que las anteriores, se apoya sobre haces pilarillos moldurados mixtilíneos y de sección radial que se levantan sobre los

basamentos polimoldurados. Sus nervaduras mucho mas delgadas que las anteriores, limitan unos terceletes de combados mas complejos, formando una cruz apuntada a las claves de los arcos mayores y sus claves de maza plana igual que su tortera.

El cuarto tramo de la nave sobre la gran tribuna o coro, la bóveda se presenta mas aovada, de nervios finísimos formando coraciones con claves de gran riqueza decorativa ostentando la central la efigie del apóstol Pedro con el atributo de las llaves. Se apoya en pilares moldurados con enormes cornisas mixtilíneas de gran volada.

En el sotocoro, la gran bóveda baída, antes mencionada, se apoya y sustenta sobre un verdadero entramado de nervios combados y combinados con los terceletes en auténtica malla compositiva. Sus claves tienen todas las torteras molduradas con figuras de guerreros y grifos.

Debajo del coro y en el lienzo al norte, un arco de medio punto adovelado da acceso al baptisterio, pequeña capilla de nueve metros cuadrados con terceletes sobre jarjas molduradas y acantos palmiformes.

Las capillas adosadas a que nos referíamos anteriormente en el paramento norte del presbiterio, una y otra en el segundo tramo de la bóveda, tienen las del lado del evangelio los arcos de acceso de medio punto con dovelas irregulares sin moldurar, o sea de frentes e intradós planos. Otra del lado de la epístola retallado su arco en rehundidos moldurados al igual que los pilares en los que se apoya su arranque, con su entablamiento de incisiones anversas e inversas, capiteles jónicos moldurados con ovos, flechas y volutas de fino espiral. Su techo de bóveda de crucería con terceletes y claves de mazas torteras lisas.

Las dos primeras se intercomunican por un arco carpanel de ladrillo, y se cubren con bóvedas semiesféricas sobre unos falsos nervios cruceros de labrada yesería y magníficas claves con tortera de acanto muy resaltados. Se fundamentan sobre pilares con basamento y cornisas dobladas al estilo del siglo XVIII.

Al final frente al presbiterio en el último tramo de la bóveda bajo el coro se abre una puerta semicircular dovelada que conduce a la escalera de caracol de “espigón” para acceder al coro y a la torre.

El otro costado frente al baptisterio y con acceso a la plaza Mayor o de España, una puerta de arco conopial rebajado y dovelada y con husillos de piedra correspondiente a la puerta de Catecúmenos hoy convertida en ventana por desuso y para dar luz al sotocoro.

La puerta principal y hacia el interior del templo, presenta un intradós con arco rebajado de gallones moldurados, de cóncavos y convexos.

Los paramentos exteriores al templo son de mampostería con cadenas de sillares irregulares en las esquinas y contrafuertes, algunas con un alto zócalo de hiladas al hueso y escuadra de piedra marmórea. Todo su perímetro y capilla de la Asunción está coronado por unas bellísimas arquerías mudéjares de pilares en resaltes y cornisas de ladrillos “al molde”, que encierran en sus enjutas unas semiesferas de cerámica negra vidriada al estilo turolense. Esta añadidura crea entre las bóvedas y el tejado a dos aguas un amplio espacio que realza unos cuatro metros de altura a la iglesia.

A los pies se alza una airosa torre cuadrangular, también de mampuesto y con cadenas de sillería que al sobrepasar el caballón del tejado del templo se ennoblece con una bellísima cornisa donde se apoya en perfecta sillería el cuerpo de las campanas.

Sus cuatro ventanas semicirculares, de gran altura, con antepecho alojan las cuatro notas de las campanas.

Al final sobre una cornisa moldurada, se elevaba en un principio un chapitel en forma de gran pirámide ochavada, sustituida en el siglo XVIII por otra de corte herreriano sobre tambor también ochavado, elevado por encima de un faldón de buhardas, terminado por una veleta y una bola de cobre dorado y cruz de elegantísima forja vuelta a construir en la primera década del s. XX y, suplantada hoy, tras el incendio de 1982, por un mamotreto arquitectónico e insultan-

te con una cruz que recuerda mas que a una cruz, un juguete de feria. Y hay quién dice que esto... ¡también es arte!

Las ventanas que alumbran el templo arquitrabadas unas, todas con dinteles y jambas de piedra, y otras de arco apuntado de caladas tracerías. abocinada, y con algún deterioro en sus labores que abiertas en el segundo tramo de la bóveda del muro sur tiene una muy fácil recomposición y con poco coste económico.

Para concluir la descripción interior que de igual modo se acusa en el exterior, hemos de mencionar una basta pieza rectangular de diez por seis metros, cubierta de cañón, usada como sacristía, y para lo que se construyó en el siglo XVIII, precedida de otro pequeño receptáculo o antesacristía igualmente cubierta de cañón, al la que se accede por puerta adintelada desde la capilla de la Asunción. Esta gran estancia se halla recorrida en el arranque de su bóveda por una gran moldura muy volada, de yeso y ladrillo con medias lunetas pinjantes en sus bajos, iluminada toda ella por dos ventanas arquitrabadas y abocinadas que se abren a la plaza Mayor o de España.

En el paño lateral izquierdo de su fachada meridional, se engarza como delicado joyel la majestuosa puerta principal del templo. Su enorme pórtico abocinado, casi catedralicio dicen los entendidos, se eleva hasta el tejado. En tiempos pasados y hasta el primer cuarto del siglo actual lo remataba un bellísimo corredor de balaustrada pétreo, con pilastras retalladas y gárgolas en figuras de águilas, cubierto todo por un tejado sobre pilares de madera labrada que derramaba sus aguas al frente y ante el pórtico, y que al derrumbarse a principios de este siglo por fallarle el basamento plateresco del ático del pórtico, arrastró en su caída parte de los relieves, molduras y pináculos del conjunto.

La estructura formal del pórtico es la clásica del estilo isabelino del siglo XVI. Por desgracia se labró en arenisca de Infantes que si por su blanda textura la hace muy apta para la talla, también y por el mismo motivo es fácilmente erosionable por los agentes atmosféricos y de ahí su estado lamentable.

Encajado en un saliente muro, “fachada estandarte” la llama Camón Aznar, presenta dos pilares retallados de cuadrada sección, formando como cuatro cuerpos unidos en su zona más baja, enriquecidos arriba por otros cuatro menores terminados en pirámides alrededor de un quinto más elevado, labrados con una complicada red de arquitos de nervios cilíndricos, trilobulados, que remontan al final de los pináculos de frondas y cardinas esquinadas y moldurajes rompies en sus extremos.

De estos dos grandes pilares arranca el gran arco conopial, sobrecargado de hojas, cardinas y angelillos juguetones en su trasdós que junto a grifos y dragones platerescos, termina en un gablete curvilíneo donde se enmarca el busto del Padre Eterno, tocado de tiara y filacterias, sostenido el mundo en su mano izquierda, y manteniendo la derecha en mayestática bendición.

Al final de este remate, un triple grumo de acantos y cardos finamente resueltos, culminan este conjunto.

Esta portada desarrolla en su abocinamiento tres arquivoltas de finísima y prolongada sección, con sus chambranas y bolsos en los que las cardinas, surgiendo de un tronco ramificado en su seno, han tallado al aire sus hojas, causa de muchas de sus roturas, y que recorren toda la concavidad de la primera arquivolta.

En el segundo bolsor, un rosario de conchas o veneras jacobinas, unas en haz y otras en envés, cargan con una estrella sexpuntada de un relieve tan grande en todas ellas, que prácticamente solo tienen uno o dos puntos de contacto con la arquivolta.

En la tercera arquivolta un conjunto de serafines trialados recorren todo el bolsor donde se apoyan, en bulto redondo y casi exentos, cuyos rostros presentan unos, un bellísimo y clásico trazado, y otros en cambio aparecen más arcaicos o menos tratados, que denotan distintos artífices.

El arranque de los arcos moldurados se inicia en los capiteles del último gótico, de retalladas cardinas y cabezas de querubines, y de ellos descienden múltiples columnillas y baquetones mixtilíneos para

llegar hasta la base en complicado diseño isabelino, que lo asemeja al claustro e interior de San Juan de los Reyes de Toledo.

Entre los baquetones de las arquivoltas y hacia su mitad, un baquetoncillo menor se rompe dejando en pequeña ménsula libre el bolsor como si de una prevista hornacina se tratase, cerrándose arriba cual remate en una gran venera cóncava que nos hace pensar en la presencia de unas posibles estatuas de los cuatro evangelistas que nunca llegaron a colocarse o que desaparecieron en épocas pretéritas.

El tímpano que acogen estos arcos se asienta sobre otro carpanel muy retallado cuya moldura se llena de caladas veneras y querubines de seis alas, exentos del bolsor de sus dovelas, que se adornan en su intradós por unos encajes en “ese”, variadísimos en su talla, a modo de encajes pinjantes platerescos, apoyándose todo ello en dos pares de columnillas finísimas, adosadas a las jambas de la puerta, de exquisita delicadeza de trazado y talla.

Sobre este trabajado carpanel discurre una moldura compuesta por ovos y dardos que encierra en sus extremos unas finísimas y preciosistas enjutas de afiligranada talla plateresca, que nos hace pensar que el artista que las labró, recreó su mente, mas de orfebre que de cante-ro, en una acabada lección de elegancia y de sublime equilibrio de las formas de los volúmenes.

El propio tímpano está recorrido en sus lados curvos por una greca de renacentistas “eses de preciosa y perfecta labra, encerrando todo una gran venera plana de profundos gallones, con su centro ocupado por singular retablito renaciente avenerado también a su vez, con yelmo y lambrequines por remate sobre su cornisamiento. Este retablo enmarca la escultura de Santiago “matamoros”, suponemos que posterior y mas tosco, al que en un principio debió ocupar este hueco y probablemente en figuración de peregrino, pues no se olvide el motivo redundante de las conchas y que en días pretéritos fue sustituidas por la ecuestre que hoy exhibe, más en consonancia con el concepto guerrero que el pueblo da al apóstol.

Y como es costumbre este retablito u hornacina se adorna a

ambos lados con dos grandes “eses” retalladísimas y ornamentadas de acantos enrollados tanto en sus vientres como en sus lomos, acabados en unos vistosos y decorados roleos.

En el plano frontal de todo este conjunto sobre la primera arquivolta y entre los dos pináculos laterales, se muestran sendos medallones orlados con círculos de laureles y robles, que encierran los bustos de una mujer y un hombre y que muy bien pudieran ser personajes importantes de la época o tal vez el emperador Carlos e Isabel de Portugal, muy parecidos en facciones y tocados a los que luce la fachada de la Universidad de Salamanca. Hay pues muchas coincidencias en temas, ornamentos y modos de trazar y trabajar este pórtico, y que merecen un análisis comparativo con Salamanca más serio y concienzudo.

Decorando todo el resto de la fachada, y desde los bajos del superior entablamento, de cabezas de angelillos platerescos de las que brotan unas movidas y graciosas serpentinatas que se deslizan llenando todo el frente de un grácil y juguetón ornamento.

Sobre esta angélica greca, una cornisa retallada y hoy casi perdida, se sobrecarga un gran friso historiado de personajes fantásticos, rizos de acanto y grifos que se entremezclan en una orgía de formas y volúmenes. De este friso solo se conservan visibles las figuras de los bloques, pues en los últimos años se ha erosionado la piedra de tal modo, que prácticamente ha desaparecido la talla y con ello el motivo más renacentista del conjunto. La diferente concepción temática de esta zona final puede deberse a una restauración tardía. En un documento fechado en 1662 se lee *“para aderezar el pórtico por la parte por donde sale el sol se contrató a Juan de Ancheta Vizcaíno, maestro de cantería, quién ayudado por el carpintero Joseph Herrera y el herrero Francisco Valtanás reparó toda esta parte del friso y corredor por la módica cantidad de mil e trescientos e noventa y cuatro reales y medio”*. ¿No estaría este Ancheta emparentado con el famoso escultor riojano Juan de Ancheta? Los estilos son similares: un renacimiento italianizante.

La puerta del norte es mas modesta y pequeña. Se trata de un hueco de medio punto dovelado entre dos columnas jónicas de fuste liso, con basamento y capitel, sobre las que corre un largo y volado entablamento decorado con dardos, ovos, flechas y acantos, también hoy muy deteriorado. En sus enjutas dos medallones moldurados con bustos de guerreros casi perdidos. Las dovelas del arco se adornan con rosetas y círculos avenerados en alternante repetición, presentando la clave un escudo franciscano con cinco llagas sangrantes sobre el cuartel. En los extremos y sobre el conjunto dos jarrones gallonados en las formas del siglo XVI.

ESCULTURA E IMAGINERÍA.

La religiosidad de la villa procuró desde sus principios dar forma tangible a sus veneraciones. Para ello nada más acertado que recurrir a la imagen de bulto redondo o al cuadro pictórico.

Las imágenes en la boca del papa Gregorio I, *"no eran simplemente Biblias para analfabetos, sino que éstas por poder divino están revestidas de unos poderes misteriosos que ayudan a los fieles a vivir plenamente la fe; pero estas también por delegación de Dios, hacen milagros, curan enfermedades y resuelven problemas personales o colectivos, que sería peligrosísimo negar, por lo que se convierten en objetos de culto"*. Y como tales las tuvieron los torreveños. Para rendirles culto erigieron o instauraron Cofradías y Hermandades que inician su andadura en el primer tercio del siglo XVI.

La primera devoción que aparece en la historia de Torrenueva, mucho antes de que fuera núcleo urbano estable, es la de

Nuestra Señora de la Cabeza, patrona de la villa, cuya imagen se remonta a finales del siglo XIII; la figura destruida de un modo salvaje en 1936, era una pequeña talla de unos ochenta y cinco centímetros, de cabeza algo desproporcionada a su altura, tal vez sedente en sus principios, mutilada luego en el siglo XVII para poder ser vestida con ricas telas y coronada de metales preciosos. El profesor Hernández Díaz, rector de la Universidad Hispalense, al ver y estudiar una buena fotografía que le presenté en mis tiempos de estudiante, en aquella capital, la catalogó de "*interesantísimo ejemplar de Virgen fernandina*" y la asoció por sus características a las Vírgenes de los Reyes y a la de las Batallas de la Catedral de Sevilla.

Se comentó, al menos así me lo comunicaron, que al ser destruida por aquellos salvajes fanáticos, apareció en su interior otra más pequeña de piedra en labra muy tosca, posiblemente mas arcaica y que también fue brutalmente destrozada. Esta sería la primera efigie mariana del siglo XII en Torrenueva.

Magnífica escultura de principios del siglo XVI y con rasgos un tanto gotizantes, era el Crucificado de los Remedios, talla menor que el natural que se veneraba los primeros años en su capilla del templo parroquial con culto popular y asiduo. Su bien organizada Cofradía le tributaba espléndidos cultos en los que cooperaba muy notablemente el Concejo en uso de su Voto.

Sus primeras referencias escritas datan de 1618, por no conservarse libros de años anteriores. También fue bárbaramente destruida.

No menos valiosa era la imagen sedente de Nuestra Señora del Rosario, sobria talla renacentista al estilo de Vázquez el viejo, entronizada en la capilla de san José o de los Sonera. Ceñía su cabeza con una doble corona de plata y ráfagas a su alrededor del mismo metal, que desde la gran peana volteaban en doble círculo a la imagen, lo que concedía una majestad insuperable. De igual modo fue destruida en 1936.

Estas tres imágenes hoy desaparecidas, eran el orgullo de las Cofradías torreñañas.

Hubo también otras tallas religiosas de gran valor pero de inferior estima respecto a las descritas. Para mencionar algunas señalaría la de la Asunción de Nuestra Señora, Nuestra Señora de los Dolores, Virgen de la Soledad, Santo Sepulcro, Jesús Nazareno, — imagen de imponente contemplación—, San Juan Bautista, San Gregorio Ostiense, etc., todas de talla y de la misma época, igualmente destruidas.

La escultura arquitectónica era notable en extremo. El retablo mayor de la Parroquial de Santiago era una monumental construcción de trece metros de altura por siete de anchura de forma ochavada, todo en madera dorada con panes de veintitrés quilates, llamados de “doble ducado”. Constaba de un basamento de piedra, una predela, tres cuerpos y un ático. Tres calles dividían su anchura y al lado de cada calle, entre columnas pareadas, unas hornacinas aveneradas albergaban esculturas de los apóstoles en escultura de bulto redondo en cada intercolumnio, todas doradas y estofadas. En las calles laterales y en cada uno de los tres cuerpos, un gran cuadro de pincel sobre tabla reproducían escenas del Nuevo Testamento en estilo manierista.

En la calle central y sobre el altar, un sagrario de “arca” plateresco mas antiguo que el retablo, una gran hornacina muy encasetonada y tallada en su interior con ornamentación renacentista, acogía la figura de un hermosísimo Santiago apóstol, erguido y muy dinámico luciendo hábito de peregrino con veneras, toda dorada y estofada al igual que las demás imágenes del retablo.

En el tercer cuerpo y calle central, un valioso relieve de la Asunción, rodeada de ocho parejas de ángeles, de los que dos coronaban la figura de María. El grupo era todo de bulto redondo exento, estofado y policromado. Como anécdota, permítasenos añadir que dos de estos ángeles se salvaron milagrosamente de la destrucción, y fueron restaurados por quién les habla. Hoy se conservan colocados sobre otra pintura en el templo parroquial, también de mi factura y firma.

En el ático o coronamiento, un Calvario completo, también de bulto redondo y figuras exentas, a cuya imagen del Crucificado llamaban el Cristo del Olvido, quizás por la altura en la que se encontraba. Todo el remate de la arquitectura se decoraba con medallones y cartelas acompañadas de las figuras de cuatro Padres de la Iglesia.

Las columnas de los cuerpos seguían los tres estilos clásicos con fustes de candelero retallados con grutescos y acantos, y las del ático de orden compuesto con los mismos retallados pero solo en el primer tercio del fuste.

El retablo descrito pertenecía a la escuela toledana de mediados del siglo XVI y por sus líneas compositivas, así como por el movimiento y expresión de su imaginería, lo consideramos muy cercano a la escuela de Berruguete, Vigarny o Juan Bautista Vázquez el Viejo, en su época toledana.

Existían otros tres buenísimos retablos del XVI y XVII: el de la Virgen del Rosario de un cuerpo, tres calles y ático, el del Señor San José de tres calles, dos cuerpos y un ático (después transformado a otras imágenes) y el del Cristo de los Remedios de tres calles, un cuerpo y ático, todos dorados y estofados, cuyos datos testimoniales me abstengo de comentar por no alargar más esta exposición.

EL ÓRGANO.

Una valiosísima pieza del siglo XVI que contenía el templo, era un soberbio órgano. Una hoja suelta aparecida en los libros de Cuentas del Concejo nos aclara su autoría y el año de su construcción: *“Trescientos ventiseis reales que se le pagaron a Mareo Tomás maes-*

tro organero de la ciudad de Toledo por afinar e aderezar los fuelles y las trompetas grandes del órgano, que había hecho el año pasado de mil quinientos e cincuenta e uno e que fue requerido a que en persona lo repare. Mostró carta de pago”.

Sabemos de igual modo que fue tañido por el padre Trapero en 1562; por Juan del Castillo desde 1566 a 1573; por Francisco Ruíz desde 1577 a 1588; y por Diego Matallana en 1592, y que se les pagaban tres mil reales anuales por este oficio. Y así una larga lista de organistas y organeros que lo reparan.

Esta valiosísima pieza se albergaba en gran balcón saliente desde la tribuna del coro hacia la nave del templo en su muro derecho.

Era una gran pieza, que quien les habla recuerda con todo detalle por circunstancias personales. Tenía siete castillos o torres, tres de tubos largos y cuatro de pequeños intermedios, los de abajo menores que los de arriba; un teclado de ventana y una botonera de treinta y dos registros con la cabeza de hueso como las teclas. De esta estructura conservo un dibujo hecho en mis años jóvenes que refleja perfectamente los detalles que anteriormente expongo.

Su caja estaba dorada en las tallas y en los colores oscuros los fondos o planos. En el siglo XVIII se le añadió un doble abanico de trompetería horizontal, posiblemente mas por imperativo de la época o moda que por necesidades del instrumento. Su pedalier constaba de ocho pisas y dos rodilleras.

Le suministraba aire un enorme par de fuelles con balancín situados en el coro. Esta pieza fue también acariciada y destruida en sonada orgía en 1936.

De igual modo dos grandes cancelos con cajas de pino y nogal. Sus tableros estaban moldurados y tallados a doble cara, y sus peinazos de igual modo moldurados. Fueron contruidos por Cristóbal Sánchez Egido, ensamblador de Santa Cruz de Mudela, en el año 1698 y por su trabajo se le pagaron tres mil reales, mil por el importe de la madera y dos mil por el trabajo.

Así mismo la cajonería de la sacristía, hermosa pieza del

ancho total de la estancia, constaba de seis cajones grandes y dos puertas laterales tallada y moldurada toda en nogal, con herrajes de bronce dorado, realizada en Villanueva de los Infantes por mil setecientos reales. No conocemos el nombre del ebanista por pérdida del resto del contrato.

METALES PRECIOSOS.

Entre las piezas de orfebrería religiosa del tesoro que guardaba el templo parroquial de Torrenueva merecen destacarse dos cruces parroquiales de plata realizadas por Jerónimo de Prado en el año 1611, mejoradas después por José Arnalte.

La hermosa custodia procesional “de asiento” con templete y campanillas todas de plata y viril sobredorado, labrada por Jerónimo de Prados en 1590 “para cuando sale el Santísimo a la calle” dice el documento. Tres cálices de plata con sus correspondientes patenas, uno sobredorado, otro con inscripción y el otro dorado solo por dentro del vaso; un incensario de plata con sus cadenas y naveta del mismo metal; una caja grande de plata para guardar el Santísimo en el Jueves Santo, con su llave; otra de plata pequeña con tapa y cruz cimera para el viático.

Una lámpara antigua de plata, anterior a 1592, para lucir delante del Santísimo y otra de la Virgen del Rosario, según consta en los Protocolos.

Tres crismeras de plata con pie, asas y sus tapas. Una corona de plata y ráfagas del mismo metal para la Virgen del Rosario y un cetro para el Niño. Otras coronas de escudillo para San José y otra de luna para la Virgen de los Dolores.

Otra corona de espinas y potencias flamígeras para el Crucificado de los Remedios.

Una concha bautismal de plata con ángel en el asidero con inscripción trasera. Esta se salvó de la destrucción de 1936.

Entre los metales se inventariaron veintiocho candeleros de bronce fundido y metal plateado, un juego de candeleros de azófar, modelo "catedral" con cruz a juego para el altar mayor, que se trajeron de Toledo en 1662 por cuatrocientos treinta y seis reales. Un aceite con su hisopo de bronce dorado que se compró en Lucena en ciento noventa reales, y cuatro reales que costó traerlo. Toda la plata fue destruida y fundida en 1936.

VESTUARIO LITÚRGICO.

En el inventario parroquial de 1575 figuran cinco ternos de colores, bordados en oro sobre terciopelo con labores de "cortaduras" de tisú en sus caídas.

Diez casullas de distinto color, unas bordadas en imaginería y oro, otras galoneadas y otras con labores "al cordón" con diferentes telas y galones. Siete capas de coro, algunas haciendo juego al terno o casulla correspondiente.

Cinco frontales bordados con los emblemas de la Orden de Santiago en oro y terciopelo, y otros con "mangas" de damasco o raso y flecos de hilo de oro.

Ocho mangas de cruces bordadas y otra de tisú y terciopelo, seis paños de facistoles y una larga serie de manteles de "holanda", albas, sobrepellices, cubrecálices, purificadores, roquetes y sotanas de sacristanes y monaguillos. Hoy por desgracia, esta relación se ha em-

JULIÁN DE CAMPOS CARRERO

pobrecido considerablemente y de aquello nada nos resta, pues se quemaron en una hoguera dentro del patio de la sacristía.

CAMPANAS.

El día seis de abril de 1556 aparecen mencionadas las campanas en el libro de Fábrica del Concejo, que era el patrono. Los de la parroquia, como todo su archivo, fueron incendiados en agosto de 1936. En el año 1580 se anota que se cambian de lugar —suponemos que para colocarlas en la nueva torre recién construida—. En el año 1615 a Juan de Abajo, albañil, se le pagan cuarenta y cinco reales por cambiarlas nuevamente de hueco.

Como la torre exigía campanas mayores, en el año 1615 se encargan refundir las cuatro existentes a Benito Sánchez, maestro del arte de hacer campanas, vecino de Buenache de Alarcón, de la provincia de Cuenca; a Hernando Martín Herrero por refundir otras dos mas viejas, se le pagan setenta y un reales, y el mismo año se le abonan a Juan Castro, vecino del Viso, diez y ocho reales por aderezar la que perdió el badajo.

En el año 1620 pagan a Miguel Cuevas, campanero, ciento sesenta y seis reales por trabajar en el aderezo de los árboles de las campanas.

En el año 1666 abonan ochocientos cincuenta y siete reales, de un total de dos mil cuatrocientos e treinta y nueve reales, por las cuatro nuevas campanas a Antonio del Campo y a Antonio de la Sierra, maestros campaneros, por fundir nuevamente las viejas y hacer las nuevas.

Y así continúan las notas por arreglo y fundiciones en los

años 1674 en que se abona a Sebastián Martín Anguita doscientos siete reales y otros ciento cincuenta y siete reales y medio por comprar treinta y cinco libras de estaño de “niquelatura” que se ha de traer de Toledo, mas veinticinco reales por ir por ello.

En 1698, Alonso de Bárcena, campanero cobra trescientos noventa reales por la hechura de una campana mayor.

Por carecer de datos posteriores registrados, suponemos que estas fueron las últimas campanas que tenía la torre de mi pueblo en el mes de septiembre de 1936, en el que elementos sectarios y cargados de odio, las arrojaron desde la torre contra el suelo, obligándonos a los niños de las escuelas a presenciar tan cultural espectáculo.

Y con esto, sin agotar el tema, concluyo esta somera disertación que han tenido la delicadeza de escuchar; les ruego disculpen mis torpes palabras y la elección de motivo, pero es que Torrenueva produce en mí un profundo estímulo que conmociona mi alma y alerta toda mi persona.

MUCHAS GRACIAS.